



De prejuicios, estereotipos y rumores

Cuando hablamos de racismo nos estamos refiriendo a varios dominios diferentes de la realidad.

Uno, a los comportamientos, constituidos por miedo, menosprecio u odio, por prácticas discriminatorias con respecto a personas que poseen características físicas o culturales definidas y diferentes a las de la mayoría. Dos, a los prejuicios, al conjunto de opiniones, actitudes, creencias sobre determinadas personas o grupos. Tres, a la ideología, a la doctrina concerniente a las razas humanas, a la explicación, al poner orden en el caos de personas diferentes que poblamos el planeta, al conjunto organizado de representaciones y opiniones sobre el tema. A este tercer aspecto también le solemos denominar o llamar racismo.

Los prejuicios son representaciones estereotipadas, exageradas, basadas en la generalización abusiva de algunos rasgos de un grupo social. Los prejuicios valoran y sobrevaloran al grupo propio, al endogrupo, en tanto que desvalorizan al otro, al exogrupo.

Los prejuicios siempre están trufados de elementos imaginarios, desconectados de la realidad. De ahí que sea difícil combatirlos, pues su relación con la realidad es más bien escasa. Son, en buena medida, como la frase que suele aparecer en algunas películas: "cualquier parecido de la historia que aquí se cuenta con la realidad, es pura coincidencia"

Aunque todos los prejuicios se basan en esa representación exagerada, en la generalización abusiva de los rasgos de un grupo social, no son iguales en sus efectos. Los más problemáticos son los que hacen referencia, los dirigidos hacia grupos minoritarios de personas. En esos casos, no es raro que el prejuicio derive en estigmatización.

Los prejuicios dificultan o impiden establecer relaciones con un grupo social pues, en realidad, la relación se establece con las ideas y comportamientos que se les supone que tienen. Desde el prejuicio, no se establece una relación con los gitanos, con los judíos o con un grupo de inmigrantes, sino con la imagen que previamente se les ha asignado. Así, lo que esas personas o grupos hacen en la realidad, tiene serias dificultades para desmentir o desmontar los atributos negativos que les han sido asignados previamente. Por contra, cualquier cosa, por pequeña o de poco fundamento que sea, servirá para confirmar el prejuicio.

A menudo, los prejuicios se convierten en rumores, en dichos o historias que se cuentan entre los amigos, en el barrio, en el bar, entre los vecinos de una comunidad y, en más de una ocasión, tienen también reflejo, con mayores o menores matices, en los medios de comunicación. Esos rumores, extendidos, contribuyen a la creación de un clima moral negativo para las personas o los grupos.

Algunos rumores suelen alcanzar dimensiones sociales grandes, y han sido estudiados en profundidad, como el rumor de Orleans, estudiado por Edgar Morin en 1969. La base del rumor era que los comerciantes judíos del centro de la ciudad de Orleans drogaban a las chicas jóvenes que acudían a sus tiendas y, a través de redes ocultas, las enviaban al mercado de la prostitución. La realidad es que no había nada de eso, sino el miedo y las

tensiones que producían los cambios sociales en la década de los sesenta del siglo pasado en una ciudad de provincias. Lo que había era un conflicto entre el deseo de liberación sexual de las jóvenes, que querían romper con los corsés sociales impuestos por sus mayores, y que manifestaban una voluntad de marcharse de la ciudad, y el provincialismo tradicional que quería impedirlo. En ese conflicto entre modernidad y tradición, los judíos fueron designados como chivo expiatorio. Frente a la modernidad y los cambios sociales y de costumbres que se estaban produciendo, algunos recurrieron a la fantasmagoría y la designación de un chivo expiatorio para explicarlo.

Aunque en otra escala, todo eso ocurre con muchos de los prejuicios que en nuestra sociedad circulan sobre la inmigración, bien sea vista en su conjunto, sobre partes de ella, o sobre colectivos como el pueblo gitano. Ideas del tipo: la mayoría de los inmigrantes viven de las ayudas sociales; los inmigrantes, por su cultura y costumbres cometen más delitos que los autóctonos; los inmigrantes quitan el trabajo a los autóctonos; los inmigrantes tienen menor nivel educativo y por eso ocupan puestos de trabajo no cualificados; los inmigrantes no se quieren integrar, circulan con profusión en todas las capas sociales.

Los prejuicios y los rumores no son ajenos al mundo de la política. En muchas ocasiones, al contrario, se trabajan desde la política y adquieren el carácter de consigna y de banderín de enganche. Lo hacen las organizaciones populistas de derechas, las de extrema derecha y las de derecha radicalizada del conjunto de la Unión Europea. Y también algunas derechas gobernantes si ello les permite rascar unos cuantos votos. En su base suele estar la idea de preferencia nacional, de prioridad nacional, el viejo reflejo conservador y antidemocrático que, ante una situación difícil, exige que se ocupen de mí, de los “nuestros”, antes que de ese, que igual ni siquiera ha nacido aquí, o que, en cualquier caso, lleva menos tiempo y tiene unos rasgos físicos algo diferentes a los de la mayoría.

Los prejuicios deforman y dividen. No nos dejan ver a las personas tal y como son, ni nos dejan ver las realidades sociales en que se desenvuelven esas personas. Valdría la pena hacer un serio esfuerzo por arrinconarlos, aunque haya que explicar, explicar y explicar.

Donostia, 22-3-2012.

Agustín Unzurrunzaga